

PHILIP ROTH



El pecho

Lectulandia

El profesor David Kepesh se despierta un día transformado en un pecho de mujer de setenta kilos. Lo que ocurre a continuación es una bizarra y extravagante alegoría kafkiana, en esta ocasión canalizada a través de una reflexión sobre la complejidad de nuestra sexualidad y la subjetividad con que normalmente es tratada.

Lectulandia

Philip Roth

El pecho

Saga: David Kepesh - 1

ePub r1.0

dacordase 12.06.14

Título original: *The Breast*
Philip Roth, 1972
Traducción: Jordi Fibla
Ilustración de la portada: Luz de la Mora

Editor digital: dacordase
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

*A Elizabeth Ames, directora ejecutiva
de Yaddo entre 1924 y 1970,
y a la corporación de Yaddo, Saratoga Springs,
Nueva York, los mejores amigos
que podría tener un escritor*

Empezó de una manera rara. Pero ¿habría podido empezar de otra manera, al margen de cómo empezara? Se ha dicho, claro está, que todo cuanto existe bajo el sol empieza de una manera rara y acaba de una manera rara, y que es raro. Una rosa perfecta es «rara», lo mismo que una rosa imperfecta y la bella rosa de común color rosado que crece en el jardín del vecino. Conozco la perspectiva según la cual todo lo que existe parece formidable y misterioso. Reflexiona sobre la eternidad, considera, si tienes valor, el olvido, y todo se transforma en un prodigio. De todos modos te diría, con toda humildad, que ciertas cosas son más prodigiosas que otras, y que yo soy una de tales cosas.

Empezó de una manera rara... una comezón suave y esporádica en la ingle. Durante aquella primera semana, iba varias veces al día al lavabo contiguo a mi despacho en el edificio de la facultad de letras para bajarme los pantalones, pero al examinarme, y por minuciosa que fuese la búsqueda, no veía nada fuera de lo corriente. Aunque sin entusiasmo, decidí hacer caso omiso del picor. Siempre he sido un hipocondríaco tan impenitente, he estado tan atento a cualquier cambio en la temperatura corporal y la regularidad orgánica, que al hombre razonable que también era le resultaba imposible tomarse en serio mis reveladores síntomas. Pese a las sombrías premoniciones de extinción o parálisis o sufrimiento insoportable que acompañaban a cada nuevo dolor o acceso de fiebre, a los treinta y ocho años era un hombre vigoroso y de buen apetito, de metro ochenta, con buena postura y un físico esbelto, casi todo el pelo y la totalidad de los dientes, y sin haber padecido ninguna enfermedad grave. Aunque podría precipitarme a identificar la comezón en la ingle con algún trastorno neurológico como el herpes —o algo peor—, al mismo tiempo comprendía que indudablemente, como siempre, no era nada.

Me equivocaba. Era algo. Transcurrió otra semana antes de que distinguiera una coloración rosada apenas perceptible de la piel bajo el vello púbico, pero una mancha tan tenue que finalmente me obligué a no seguir mirando, diciéndome que no era más que una pequeña irritación y, desde luego, nada preocupante. Al cabo de otra semana —lo cual, por cierto, constituía un período de incubación de veintiún días— bajé la vista al entrar en la ducha y descubrí que durante la agotadora jornada, con las clases, las reuniones, los viajes de ida al trabajo y vuelta y las comidas fuera de casa, la piel

en la base de mi pene había adquirido una tonalidad rojo pálido. De inmediato concluí que se trataba del tinte de mis calzoncillos. (Que los calzoncillos que me había bajado a los tobillos fuesen de color azul claro no significaba nada en aquel momento de incredulidad y pánico.) Parecía *manchado*, como si me hubieran aplastado algo —algún tipo de baya— en el pubis y el jugo, tras deslizarse hasta el miembro, hubiera coloreado irregularmente la raíz.

En la ducha me enjaboné y aclaré el pene y el vello púbico tres veces, y entonces me recubrí cuidadosamente desde los muslos al ombligo con una gruesa capa de burbujeante jabón, masajeándome mientras contaba hasta sesenta. Cuando me aclaré con agua caliente —esta vez tanto que quemaba— la mancha seguía allí. No un sarpullido ni una costra ni una magulladura ni una llaga, sino un intenso cambio de pigmentación que enseguida asocié con el cáncer.

Eran las doce, la hora en que tradicionalmente se producen las transformaciones en los relatos de horror, y una hora en la que era difícil conseguir un médico en Nueva York. Sin embargo, telefoneé de inmediato a mi médico, el doctor Gordon, y, pese al esfuerzo por ocultar mi alarma, él percibió claramente el temor y se ofreció a vestirse y cruzar la ciudad para examinarme. Tal vez si Claire hubiera estado conmigo aquella noche, en lugar de haberse quedado en su piso preparando un informe para el comité sobre planes de estudio, el mismo terror me habría impulsado a pedirle al médico que viniera corriendo. Por supuesto, dada la naturaleza de mis síntomas a aquella hora, es improbable que el doctor Gordon me hubiera enviado sin dilación al hospital, y tampoco parece, por lo que ahora sabemos —o seguimos sin saber—, que en el hospital pudieran haber hecho cualquier cosa para impedir o detener lo que estaba en marcha. El sufrimiento de las cuatro horas siguientes que hube de pasar a solas tal vez podría haber sido aliviado con morfina, pero nada indica que cualquier procedimiento médico, aparte de la eutanasia, pudiera haber invertido el rumbo del desastre.

Con Claire a mi lado podría haberme derrumbado por completo, pero, en mi soledad, de repente me avergonzaba perder el dominio de mí mismo; no habían pasado más de cinco minutos desde el descubrimiento de la mancha, y allí estaba yo, mojado y desnudo en el sofá de piel, tratando en vano de superar el trémolo de mi voz mientras bajaba los ojos y describía por teléfono lo que veía. «Tranquilízate», me dije, así que me tranquilicé, como puedo hacerlo cuando me lo propongo. Si era lo que me temía, podía esperar hasta el día siguiente, y si no lo era, también podía esperar. Le dije al doctor que me pondría bien. Exhausto tras una dura jornada de trabajo, me había... sobresaltado. Iría a su consultorio (pensé que esto era una prueba de valor por mi parte) hacia mediodía. Él me dijo que fuese a las nueve. Accedí y, tan serenamente como pude, le di las buenas noches.

Hasta que hube colgado el aparato y volví a examinarme bajo una luz intensa, no

recordé que había un tercer síntoma, aparte del picor en la ingle y la decoloración del pene, que no le había mencionado al doctor. Hasta aquel momento lo había tomado por una señal de salud más que de enfermedad. Se trataba de la intensidad de la sensación local que había experimentado al hacer el amor con Claire durante las tres semanas anteriores. Para mí había significado el resurgimiento del deseo que antes sentía por ella; ni siquiera me molestaba en preguntarme de dónde o por qué, tan encantado —y tan aliviado— me sentía por su retorno. Lo cierto era que la intensa lujuria que su belleza física había despertado en mí durante los dos primeros años de nuestra relación se había ido reduciendo desde hacía casi un año. Hasta fecha reciente, le hacía el amor no más de dos o tres veces al mes, y lo más frecuente era que fuese ella la incitadora.

Mi enfriamiento —mi frialdad— era penoso para los dos, pero como ambos habíamos padecido no pocos trastornos emocionales (ella de niña con sus padres, yo de adulto con mi mujer), éramos igualmente reacios a dar cualquier paso hacia la ruptura de nuestra unión. Por descorazonador que fuese para una encantadora y voluptuosa joven de veinticinco años verse rechazada una noche tras otra, Claire no mostraba externamente ni un ápice de la suspicacia, la frustración o la cólera que incluso a mí me habrían parecido justificadas, el origen de su desdicha. Sí, ella paga un precio por su ecuanimidad (no es la mujer más expresiva que jamás he conocido, pese a su pasión sexual), pero he llegado a la etapa de la vida —es decir, había llegado— en la que el puerto sereno y sus plácidas aguas me gustaban más que el espumeante dramatismo de alta mar. Por supuesto, había ocasiones —cuando estábamos en compañía o a veces solos después de cenar— en que podría haber deseado que ella fuese más animada y más receptiva, pero estaba demasiado satisfecho de aquella sensatez suya en la que podía confiar para que me decepcionara su falta de viveza. Ya había tenido suficiente viveza con mi mujer.

Lo cierto es que, a lo largo de tres años, Claire y yo habíamos encontrado una manera de vivir juntos (que en parte suponía vivir separados) que nos proporcionaba la calidez y la seguridad de nuestro mutuo afecto, sin la dependencia acompañante, ni el agotador aburrimiento, ni el ansia desenfrenada y descentrada, ni las estrategias, durante las veinticuatro horas del día, del engaño y el apaciguamiento que parecían haber amargado a todos menos unos pocos de los matrimonios que conocíamos. Un año atrás había puesto fin a cinco años de psicoanálisis convencido de que las heridas sufridas en el Gran Guiñol de mi matrimonio habían cicatrizado tan bien como era posible que lo hicieran, y en gran parte gracias a mi vida en común con Claire. Tal vez no fuese yo el hombre que había sido, pero tampoco era un soldado raso herido, lleno de vendajes y tocando el tambor de la compasión de sí mismo, procedente de ese campo de batalla conocido como Hogar. La vida se había vuelto ordenada y estable, la primera vez que podía decir tal cosa en más de una década. La verdad es

que nos llevábamos bien con tal facilidad y tan pocas tensiones, nos gustábamos tanto el uno al otro que cuando, inesperadamente, dejé de experimentar por completo placer cuando hacíamos el amor, lo consideré un desastre (poco sabía entonces de desastres). Fue un acontecimiento deprimente y desconcertante, y, por mucho que me empeñara, parecía incapaz de alterarlo. Lo cierto es que tenía concertada una cita con mi ex analista para hablarle de cómo me estaba afectando aquella situación cuando, también inesperadamente, de repente era más apasionado con ella de lo que había sido jamás con cualquier otra.

Pero «pasión» no es la palabra apropiada: un bebé en la cuna no siente pasión cuando le divierten haciéndole cosquillas bajo la barbilla. Me refiero a un placer del todo táctil: ni sexo en la cabeza ni en el corazón, sino, delicioso tormento, en la epidermis del pene, limitado a la superficie y generador de éxtasis. Era una clase de placer que me llevaba a contorsionarme y aferrar las sábanas, hacía que me retorciera y diese vueltas en la cama con un irreprimible abandono que anteriormente había considerado más propio de las mujeres que de los hombres y, en el caso de las mujeres, más imaginario que real. Durante la última semana de mi período de incubación, a punto estuve de llorar tan solo debido al tortuoso placer de la fricción. Al correrme, le lamía a Claire la oreja como un perro. Le lamía el pelo. Jadeante, me lamía mi propio hombro. ¡Me había salvado! ¡Mi vida en común con Claire no corría peligro! Tras haber yacido indiferente a su lado durante casi un año, tras haber empezado a temer lo peor acerca de nuestro futuro, de alguna manera —¡bendita y misteriosa manera!— había encontrado el camino hacia un terreno de pura y primitiva sensibilidad erótica, donde el vínculo entre nosotros solo podía reforzarse.

—¿Es esto lo que se considera disipación? —le pregunté a mi feliz amiga, cuya pálida piel tenía las marcas de mis dientes—. Nunca había experimentado una cosa igual.

Ella se limitó a sonreír y cerró los ojos para sentirse un poco más en el séptimo cielo. Tenía el cabello empapado en sudor, como el de una niña que hubiera jugado demasiado tiempo al aire libre un día muy caluroso. Claire satisfecha, donante de satisfacción. Afortunado David. No podríamos haber sido más felices.

Por desgracia, lo que me ha sucedido es algo que nadie ha experimentado jamás, algo que se encuentra más allá de la comprensión, más allá de la solidaridad, más allá de la comedia. Desde luego, no faltan quienes afirman estar al borde de una explicación científica concluyente; los hay, mis fieles visitantes, cuya compasión no parece tener límites; y luego, ahí fuera, en el mundo, aquellos —¿por qué no habrían de hacerlo?— que no pueden evitar reírse. Y, mira, hay ocasiones en las que incluso soy uno de ellos: comprendo, siento compasión y también veo la broma. Gozar de ella es otra cuestión. Si pudiera sostener la risa más de unos pocos segundos... si no fuese tan breve y tan amarga. Claro que tal vez deba esperar aún más regocijo, si los

médicos son capaces de mantenerme vivo en semejante estado, y si yo sigo deseando que lo hagan.

Soy un pecho. Un fenómeno que me han descrito de diversas maneras, como «un influjo hormonal masivo», «una catástrofe endocrinopática» o «una explosión hermafrodítica de cromosomas», tuvo lugar en mi organismo entre la medianoche y las cuatro de la madrugada del 18 de febrero de 1971 y me convirtió en una glándula mamaria sin ninguna relación con ninguna forma humana, como solo podría aparecer, habría pensado uno, en un sueño o una pintura de Dalí. Me dicen que ahora soy un organismo con la forma general de un balón de fútbol norteamericano o de un dirigible; dicen que tengo una consistencia esponjosa, peso setenta y tres kilos (antes pesaba setenta y cinco) y que sigo midiendo metro ochenta de altura. Aunque conservo, si bien dañado y de forma «irregular», gran parte de los sistemas cardiovascular y nervioso, un sistema excretor calificado como «reducido y primitivo» y un sistema respiratorio que termina justo por encima del diafragma en algo que recuerda un ombligo con un opérculo, la arquitectura básica en la que estas características humanas están desordenadas y enterradas es la de un pecho de mamífero hembra.

La mayor parte de mi peso corresponde a tejido adiposo. Por un extremo estoy redondeado como una sandía, por el otro finalizo en un pezón, de forma cilíndrica, que se proyecta trece centímetros desde mi «cuerpo» y está perforado en la punta por diecisiete aberturas, cada una más o menos de la mitad del tamaño de un orificio uretral masculino. Estas son las aberturas de los conductos lactíferos. Tal como lo entiendo sin la ayuda de diagramas, pues estoy ciego, los conductos se ramifican hacia atrás en lóbulos compuestos por la clase de células que segregan leche y que es transportada a la superficie del pezón normal al succionarlo o bien ordeñarlo mecánicamente.

Mi piel es suave y «juvenil», y sigo siendo de «raza blanca». El color del pezón es rosado. Esto último se considera peculiar, puesto que en mi encarnación anterior era muy moreno. Como le dije al endocrinólogo que hizo esta observación, me parece menos peculiar que otros aspectos de la transformación, claro que yo no soy endocrinólogo. Un chiste lleno de amargura, pero chiste al fin y al cabo, y deben de haberlo observado y anotado.

El pezón es rosado, como la mancha en la base del pene que descubrí la noche en

que empezó todo esto. Dado que los orificios del pezón me proporcionan algo similar a una boca y oídos vestigiales (por lo menos me ha parecido que soy capaz de hacerme oír a través del pezón y percibir vagamente lo que sucede a mi alrededor), había supuesto que era mi cabeza lo que se había transformado en pezón, pero los médicos son de otra opinión, por lo menos desde el mes corriente. En primer lugar, no hay duda de que mi voz, por débil que sea, emana del opérculo en el diafragma, a pesar de que mi sentido del paisaje interno siga asociando tercamente las funciones de la conciencia con el punto más elevado del cuerpo. Ahora los médicos sostienen que la piel arrugada y áspera del pezón (que, desde luego, es exquisitamente sensible al tacto, como ningún tejido de la cara, incluida la membrana mucosa de los labios) se ha formado a partir del glande. La fruncida y rosada areola que rodea al pezón parece ser una metamorfosis del miembro bajo el ataque de una secreción volcánica del fluido «mamogénico» de la pituitaria. Dos pelos largos y rojizos se extienden desde una de las pequeñas elevaciones en el borde de mi areola.

—¿Qué longitud tienen?

—Dieciocho centímetros exactamente.

—Mis antenas. —Amargura. Luego incredulidad—. ¿Quiere tirar de uno de ellos, por favor?

—Si lo desea, David, tiraré de él con mucha suavidad.

El doctor Gordon no mentía. Había tirado de uno de mis pelos. Una sensación bastante familiar, tanto que deseé estar muerto.

Por supuesto, transcurrieron varios días después del cambio (¡el «cambio»!) antes de que recobrarla la conciencia, y otra semana antes de que me dijeran algo, aparte de que había estado «muy enfermo» con un «desequilibrio endocrino». Cada vez que me despertaba y descubría de nuevo que no podía ver, oler, saborear y moverme me lamentaba y aullaba de tal modo que debían mantenerme bajo una fuerte sedación. Cuando me tocaban el «cuerpo» no sabía a qué carta quedarme: la sensación era inesperadamente tranquilizante, pero lejana, y me recordaba el lamido del agua en una playa. Una mañana, al despertar, noté que les sucedía algo nuevo a mis extremidades. No era dolor, al contrario, la sensación era más bien agradable, y no obstante me parecía tan extraño sentir aquello que grité.

—¡Me he quemado! ¡Ha sido un incendio!

—Cálmese, señor Kepesh —me dijo una mujer—. Solo le estoy lavando. Me limito a lavarle la cara.

—¿La cara? ¿Dónde está? ¿Dónde están mis brazos? ¿Y mis piernas? ¿Dónde está mi boca? ¿Qué me ha ocurrido?

Entonces habló el doctor Gordon.

—Se encuentra en el hospital Lenox Hill, David. Está en una habitación particular en la séptima planta. Lleva aquí diez días. Le he visitado a diario por la mañana y la

noche. Disfruta usted de excelentes cuidados y de todas las atenciones que requiere. En estos momentos le están lavando con una esponja, agua templada y jabón. Eso es todo. ¿Acaso le duele lo que le están haciendo?

—No —gemí—, pero ¿dónde está mi cara?

—Deje que la enfermera le lave y dentro de un rato hablaremos. Debe descansar todo lo que pueda.

—¿Qué me ha ocurrido?

Recordaba el dolor y el terror, pero nada más: había sido como si me hubiesen disparado una y otra vez desde un cañón contra un muro de ladrillo y a continuación me hubiera pisoteado un ejército de botas. En realidad era más bien como si hubiera sido un hombre de caramelo masticable, extendido en direcciones opuestas por el pene y las nalgas, hasta llegar a ser tan ancho como largo había sido. Los médicos me dicen que no pude estar consciente más que unos pocos minutos una vez iniciada la «catástrofe», pero, al recordararlo, me parece que estuve despierto para notar que cada hueso de mi cuerpo se quebraba y reducía a polvo.

—Si ahora pudiera relajarse...

—¿Cómo me alimentan?

—Intravenosamente. No debe preocuparse. Se le alimenta todo lo necesario.

—¿Dónde están mis brazos?

—Deje que la enfermera le lave y luego le friccione con aceite, y ya verá cómo se siente mucho mejor. Entonces podrá dormir.

Cada mañana me despertaban así, pero pasó otra semana o más tiempo antes de que estuviera lo bastante calmado (o aletargado) para asociar las sensaciones del lavado con la excitación erótica.

Por entonces estaba convencido de que me habían amputado las extremidades superiores e inferiores, de que la caldera, que estaba bajo mi piso, había estallado y de que la explosión me había dejado ciego y mutilado. Sollozaba casi continuamente, pues no daba el menor crédito a las explicaciones sobre las hormonas que el doctor Gordon proponía como el origen de mi «enfermedad». Entonces, una mañana, agotado y entumecido al cabo de varios días de llorar sin lágrimas, noté que me excitaba, una suave palpitación en la vecindad de lo que todavía consideraba mi cara, una agradable sensación de... tumefacción.

—¿Le gusta así? —¡La voz era masculina! ¡Un desconocido!

—¿Quién eres? ¿Dónde estoy? ¿Qué está pasando?

—Soy el enfermero.

—¿Dónde está la otra enfermera?

—Hoy es domingo. Cállese, no ha venido porque es domingo.

A la mañana siguiente, la enfermera habitual, la señorita Clark, entró de servicio, acompañada por el doctor Gordon. Me lavaron, bajo la supervisión del doctor, y esta

vez, cuando empecé a experimentar las sensaciones que acompañan a las caricias eróticas, dejé que me envolvieran.

—Ah —susurré—, qué agradable es.

—¿A qué se refiere? —me preguntó el doctor Gordon—. ¿Qué está diciendo, David?

La enfermera empezó a restregarme con aceite. Notaba cada uno de sus dedos masajeando aquella cara que ya no era una cara. Todo mi ser hervía con la sensación de inminencia que precede a una eyaculación perfecta.

—Oh, Dios mío, qué fenomenal es esto —dije, y me puse a sollozar de un modo tan incontrolable que tuvieron que sedarme de nuevo.

Poco después entró el doctor Gordon acompañado por el doctor Klinger, quien había sido mi psicoanalista durante cinco años, y me dijeron qué era aquello en lo que me había convertido.

Me lavaban suavemente pero a fondo cada mañana, luego me embadurnaban de aceite y me daban un masaje. Después de escuchar la verdad de lo sucedido, después de saber que ahora vivía en una hamaca, el pezón en un extremo, la redondeada y prominente parte inferior en el otro, y con dos cabestrillos de terciopelo sujetando mi volumen en su lugar, transcurrieron varios meses antes de que aquellas abluciones matinales me procurasen el menor placer. E incluso entonces, solo cuando el doctor Gordon consintió en dejarme a solas con la enfermera, fui capaz de abandonarme de nuevo por completo a las atentas manos de la señorita Clark. Pero cuando lo hacía, las palpaciones eran casi insoportables, un «casi» delicioso, un frenesí similar a lo que había experimentado en aquellas últimas semanas de relación sexual con Claire, pero que parecía incluso más intenso, pues lo experimentaba en un estado de absoluta impotencia e inesperadamente, y provocado por aquellas manos dedicadas por completo a despertar mi excitación. Una vez finalizada la sesión, cuando la señorita Clark se había retirado con la palangana de agua tibia y los frascos de aceite (yo imaginaba unos frascos coloreados), la hamaca se mecía cómodamente a uno y otro lado, hasta que por fin cedía mi agitación, el pezón se ablandaba y me sumía en el sueño del saciado.

Digo que el doctor consentía en dejarnos a solas en la habitación, pero ¿cómo sé que alguien me ha dejado solo o incluso que me encuentro en una habitación? El doctor Gordon me asegura que no estoy sometido a más vigilancia que la de cualquier otro caso difícil, que no me exhiben en un anfiteatro de facultad de medicina ni estoy bajo las cámaras de un circuito cerrado de televisión... pero ¿qué le impediría mentirme? Dudo de que en medio de esta calamidad haya alguien que se preocupe por mis libertades civiles. Eso sí que haría reír. ¿Y qué me importa si no estoy solo cuando creo que lo estoy? Si me encuentro bajo una cúpula insonorizada en una plataforma colocada en medio de Madison Square Garden, si me exhiben en

un escaparate de Macy's, ¿qué más me da? Dondequiera que me hayan puesto, por numerosos que sean los espectadores, la verdad es que estoy tan solo como cualquiera podría desear estarlo. Es mejor que deje de pensar en mi «dignidad», al margen de lo que significara para mí cuando era profesor de literatura, amante, hijo, amigo, vecino, consumidor, cliente y ciudadano. Si jamás ha habido una época para olvidar las convenciones, el decoro y el orgullo personal, es ahora. Pero como estas son cuestiones íntimamente relacionadas con mi idea de la cordura y el amor propio, la verdad es que en estos momentos me siento atribulado como nunca lo estuve en mi vida anterior, en la que adoptaba con toda facilidad el comedimiento social practicado por las clases educadas, y al hacerlo así experimentaba una auténtica satisfacción. Ahora la idea de que mis sesiones matinales con la señorita Clark se retransmiten en directo por el circuito de televisión interno del hospital, que mis delirantes contorsiones son observadas por decenas de científicos reunidos en la galería por encima de mí... en fin, a veces eso resulta casi tan insoportable como todo lo demás. Sin embargo, cuando el doctor Gordon me asegura que respetan mi «intimidad», ya no le llevo la contraria, sino que le expreso mi agradecimiento, y de esa manera soy capaz por lo menos de fingir ante ellos que creo estar solo aunque no lo esté.

Mira, no se trata de hacer lo correcto o lo bien visto; puedo asegurarte que me tiene sin cuidado la etiqueta que conlleva ser un pecho. Lo que me importa es hacer lo que debo, seguir siendo yo. Pues, de lo contrario, ¿quién o qué soy? O bien no dejo de ser yo mismo o bien enloquezco y luego me muero. Y parece ser que no quiero morir. Eso también es una sorpresa para mí, pero ahí está. Tampoco preveo un milagro, una especie de ataque como represalia por parte de mis hormonas antimamogénicas, si existen tales (y solo Dios sabe si existen en una cosa como la que soy ahora), que reparará el daño. Sospecho que es un poco tarde para eso, y por ello si el pecho humano sigue deseando existir no es porque albergue semejante esperanza. Insisto en que soy humano, pero no tan humano. Tampoco creo que lo peor haya pasado. Tengo la sensación de que lo peor está por llegar. No, se trata sencillamente de que, como la muerte me aterra desde los dos años de edad, me he atrincherado en el odio que le tengo, he adoptado una postura personal contra la muerte que parezco incapaz de modificar debido a que me ha ocurrido «esto». Sí, «esto» es en verdad horrible, pero, por otro lado, hace tanto tiempo que no deseo morir que me resulta imposible cambiar de actitud de la noche a la mañana. Necesito tiempo.

Como puedes imaginar, mi supervivencia es de gran interés para la ciencia médica. Microbiólogos, psicólogos y bioquímicos siguen estudiando *ese* milagro, tanto aquí, en el hospital, como, según me dicen, en instituciones médicas de todo el país. Están tratando de averiguar qué es lo que me hace seguir vivo. El doctor Klinger opina que no importa cómo unan las piezas del rompecabezas, porque al final todo se

reducirá a esas manidas expresiones de púlpito, «fuerza de carácter» y «voluntad de vivir». ¿Y quién soy yo para no estar de acuerdo con tan heroica percepción de mi persona?

—Entonces parece ser que mi análisis ha «cuajado» —le digo al doctor Klinger—. Es usted digno de alabanza, señor.

Él se ríe.

—Siempre ha sido usted más fuerte de lo que creía —replica.

—Habría preferido no tener nunca que descubrirlo. Y, además, eso no es cierto. No puedo vivir así mucho más tiempo.

—Sin embargo, ha de hacerlo, y ciertamente lo hace.

—Sí, lo hago, pero no puedo. Nunca he sido fuerte. Tan solo resuelto. Un pie delante del otro. Buenas calificaciones en todas las asignaturas. Se remonta a la época en que entregaba los deberes a tiempo y me llevaba los premios. Estar aquí dentro es espantoso, doctor Klinger. Quiero abandonar, quiero volverme loco, salir dando tumbos, echando pestes y delirante, solo que no puedo. Sollozo. Grito. Toco fondo. ¡Me quedo ahí tendido en ese fondo! Pero entonces vuelvo en mí. Hago mis chistecillos mordaces. Escucho la radio. Escucho el fonógrafo. Pienso en lo que hemos dicho. Refreno mi furor y mi amargura, y espero a que usted vuelva a visitarme. Pero esto, volver en mí, es una locura. Poner un pie delante del otro es una locura, ¡sobre todo porque no tengo pies! ¡Esta cosa atroz ha sucedido, y escucho las noticias de las seis de la tarde! ¡Esta increíble catástrofe, y escucho el boletín meteorológico!

No, no, dice el doctor Klinger: fuerza de carácter, voluntad de vivir.

Le digo que quiero enloquecer, y él responde que es imposible: eso está más allá de mí, está por debajo de mí. Ha sido necesario «esto» para descubrir que soy una ciudadela de cordura.

Así pues, puede que finja otra cosa, pero sé que me están estudiando, mirándome como contemplarían desde el fondo de vidrio de un barco la vida privada de una marsopa o un manatí. Pienso en esos mamíferos acuáticos debido al parecido general que tengo con ellos, lo sé, en tamaño y forma, y porque de la marsopa en particular se dice que es una criatura inteligente, tal vez incluso racional. Una marsopa con doctorado, el profesor adjunto Marsopa Kepesh. A decir verdad, en una clase de vida como esta, lo que uno echa más en falta es la estupidez, la trivialidad, la falta de sentido de la vida, pues, aparte de la realidad monstruosa y ridícula en que me he convertido, está la responsabilidad intelectual que parece desprenderse de esta absurda desgracia. ¿QUÉ SIGNIFICA? ¿CÓMO HA PODIDO SUCEDER? ¿POR QUÉ, EN TODA LA HISTORIA DEL GENERO HUMANO, HA TENIDO QUE OCURRIRLE AL PROFESOR KEPESH? Sí, el doctor Klinger actúa de un modo inteligente al atenerse a lo que es corriente y familiar, al soltar su cantinela sobre la fuerza de carácter y la voluntad de vivir. Mejor

estas banalidades que lo altisonante o lo apocalíptico, ya que, por más que sea la ciudadela de la cordura, mi capacidad de aguante tiene un límite.

Que yo sepa, mis únicos visitantes, aparte de los científicos, los médicos y el personal del hospital, han sido Claire, mi padre y Arthur Schonbrunn, el ex presidente de mi departamento y ahora decano de Artes y Ciencias. El comportamiento de mi padre ha sido asombroso. No sé cómo explicarlo, y tan solo puedo decir que hasta ahora no había sabido qué clase de hombre es en realidad. Nadie lo sabía. Agresivo, astuto, tiránico en su trabajo, pero con nosotros, su pequeña familia, inocente, protector, tierno y profundamente afectuoso. Pero ese dominio de sí mismo cuando se enfrenta al horror... ¿Quién habría esperado tal cosa del propietario de un hotel de segunda clase en South Fallsburg? Empezó como cocinero de comidas rápidas y llegó a ser el propietario del establecimiento. Ahora está jubilado y «mata el tiempo» por las mañanas respondiendo a las llamadas telefónicas en el servicio de catering, un negocio boyante, que su hermano posee en Bayside. Una vez a la semana viene a visitarme, se sienta en una silla colocada al lado de mi pezón y me cuenta todas las noticias acerca de las personas invitadas a nuestra casa en el pasado. ¿Te acuerdas de Abrams, el sombrerero? ¿De Cohen, el pedicuro? ¿Te acuerdas de Rosenheim, con sus trucos de naipes y el Cadillac? Sí, sí, creo que sí. Pues bien, uno se está muriendo, el otro se ha mudado, el hijo de aquel se ha casado con una egipcia.

—¿Qué te parece eso?

—Ni siquiera sabía que allí estuviera permitida tal cosa.

Es una actuación impresionante. Pero ¿se trata realmente de una actuación? ¿Es el actor más brillante del mundo o tan solo un bobalicón, o acaso se ha vuelto por completo insensible? ¿O no tiene más alternativa que seguir comportándose como siempre? «Pero ¿no ve lo que ha sucedido? ¿No comprende que ciertas cosas son todavía más extraordinarias que el hecho de que un judío se case con una egipcia?»

Está conmigo una hora, y entonces regresa a casa, sin darme un beso. Eso de que mi padre se marche sin darme un beso es una novedad. Y entonces es cuando me doy cuenta de que no es un bobalicón y lo que hace en realidad es actuar, y pienso que mi padre es un gran hombre, valiente y noble.

¿Y mi nerviosa madre? Por suerte para ella está muerta; de lo contrario, esto la habría matado. ¿O también me equivoco con respecto a ella? Soportó a panaderos alcohólicos, confeccionadores de ensaladas homicidas y ayudantes de camarero que

todavía se orinaban en la cama, de modo que, quién sabe, tal vez también podría haberme soportado. Bestias, los llamaba, animales de establo, pero siempre volvía a los pucheros, a los productos de limpieza, las fregonas y la ropa blanca, pese a la angustia que la embargaba desde la semana del Memorial Day hasta el Yom Kippur debido a la radical imperfección de la ayuda que le prestábamos. Para empezar, ¿no fue de mi madre de quien adquirí la cualidad de tener resolución? ¿No aprendí de su ejemplo la manera en que uno pasa del verano al invierno y de nuevo al verano, a pesar de todo? Así pues, más trivialidad todavía: estoy dispuesto a soportar mi condición de glándula mamaria debido a mi crianza en un típico hotel de Catskill donde ocurría una crisis tras otra.

Claire, cuya ecuanimidad desde el principio ha sido tan tonificante para mí, un antídoto relajante contra el carácter impulsivo de mi ex mujer, e incluso supongo que contra las palpitaciones de mi madre y las crisis en la cocina del hotel, Claire, curiosamente, no mostraba ni mucho menos la capacidad de mi padre para reprimir su angustia desde el primer momento. Pero lo sorprendente no eran sus lágrimas, sino el peso de su cabeza sobre mi zona central cuando no pudo contenerse y empezó a sollozar. «¿Su cara sobre esta carne? ¿Cómo puede tocarme?» Había esperado que no volviera a tocarme nadie más aparte del personal médico. «Si Claire se hubiera convertido en un pene...», me dije. Pero esa idea era demasiado ridícula, en la medida en que tal cosa no había sucedido, por supuesto. Además, lo ocurrido me había ocurrido a mí y a nadie más que a mí, porque no le podía ocurrir a nadie más, y aunque no supiera por qué era así, lo cierto es que era así, y debía de haber razones para que lo fuera, tanto si alguna vez iba a conocerlas como si no. Tal vez, como observaba el doctor Klinger, ponerme en el lugar de Claire rebasaba con creces el cumplimiento del deber. Tal vez; pero si Claire se hubiera convertido en un miembro viril de metro ochenta de longitud, dudo de que yo hubiera sido capaz de semejante lealtad.

Tan solo unos pocos días después de su primera visita, Claire consintió en masajearme el pezón. Si se hubiera puesto a llorar a cierta distancia de mí, nunca habría podido sugerirle que lo hiciera, pero en cuanto noté el peso de su cabeza sobre mí, todas las posibilidades se abrieron en mi mente, y solo fue cuestión de tiempo (y no demasiado, por cierto) antes de que me atreviera a pedirle el supremo acto de esperpento sexual, dadas las circunstancias.

Antes de seguir adelante, debo aclarar que Claire no es precisamente una zorra; a pesar de que durante nuestra relación amorosa las prácticas sexuales corrientes la habían excitado de maravilla, no le gustaba nada, por ejemplo, el coito *per anum*, e incluso le daba asco recibir mi semen en la boca. Si llevaba a cabo la felación, era solo como un breve antecedente del acto, y jamás con la intención de prolongarla hasta que me corriera. No me quejaba agriamente de esta actitud, pero de vez en

cuando, como acostumbran a hacer los hombres que aún no se han convertido en pechos, expresaba mi insatisfacción. Veréis, no estaba obteniendo de la vida todo lo que deseaba.

Sin embargo, fue Claire quien propuso jugar con mi pezón si eso era lo que más deseaba.

Sucedió durante su cuarta visita en cuatro días. Le había contado por primera vez cómo me atendía la enfermera por la mañana, con la intención de no decirle más que eso, por lo menos de momento, pero Claire me lo planteó.

—¿Te gustaría que te hiciera lo mismo que ella?

—¿Me harías... eso?

—Pues claro, si quieres que te lo haga.

Pues claro. ¡Una chica fría e imperturbable!

—¡Quiero que lo hagas! —grité—. Hazlo, por favor.

—Entonces dime qué es lo que te gusta —dijo ella—. Dime qué es lo que resulta más agradable.

—Oye, Claire, ¿hay alguien más en la habitación?

—No, no, solo tú y yo.

—¿Nos están televisando?

—Pero qué dices, cariño, claro que no.

—Entonces apriétame, ¡apriétame fuerte!

Al cabo de unos días, después de que le hubiera hablado de un modo incoherente acerca de mi enfermera durante casi una hora, Claire volvió a preguntarme:

¿Qué ocurre, David, vida mía? ¿Quieres que te chupe?

¡Sí! ¡Sí!

¿Cómo es capaz de hacerlo? ¿Por qué lo hace? ¿Lo haría yo?

Es demasiado pedir —le digo al doctor Klinger—. Es demasiado terrible. Es preciso que ponga fin a esto. Quiero que ella lo haga continuamente, durante todo el tiempo de la visita. Ya no quiero hablar, no quiero que me lea, ni siquiera la escucho. Solo deseo que me apriete, me chupe y me lama. Nunca me canso de eso. Cuando ella se detiene, es insoportable. «¡Sigue! ¡Más! ¡Sigue!», le grito. Pero si no pongo fin a esto, dejará de venir a verme, lo sé. Y entonces no tendré a nadie. Entonces tendré a la enfermera por la mañana, y eso será todo. Vendrá mi padre y me hablará de quién se ha muerto y quién se ha casado. Y usted vendrá y me hablará de la fortaleza de mi carácter y mi voluntad de vivir. ¡Pero no tendré una mujer! ¡No estará Claire ni habrá sexo ni amor nunca más! Quiero que se desnude, doctor, pero ¿cómo puedo pedírselo? No quiero alejarla de mí, las cosas ya son bastante extrañas tal como están, pero quiero que se desnude, quiero que su ropa esté en el suelo, alrededor de sus pies. Quiero que se ponga encima de mí y se mueva. ¡Quiero tirármela, doctor! ¡Con el pezón! ¡Pero si le digo eso, se marchará! ¡Se irá corriendo

y nunca volverá!

Claire me visita todas las noches, después de la cena. Durante el día da clases a los alumnos de cuarto curso en la escuela de la calle Bank, aquí, en Nueva York. Es graduada por Cornell y miembro de la Phi Beta Kappa, su madre es directora de escuela en Schenectady y está divorciada de su padre, ingeniero de la Western Electric. Su hermana mayor está casada con un economista del Departamento de Comercio, y vive con él y cuatro hijos en Alexandria, Virginia. Tienen una casa en South Beach, en Martha's Vineyard, donde Claire y yo les visitamos el verano pasado cuando íbamos camino de Nantucket para pasar una semana de vacaciones. Discutimos de política... la guerra de Vietnam. Entonces jugamos a lanzar y recoger pelotas de béisbol con los niños, tras lo cual fuimos a comer langosta hervida a Edgartown; luego fuimos al cine y, allí sentados, éramos unos carnívoros voluminosos, robustos y peludos, reducidos en la cómoda oscuridad a tan solo unas caras curtidas por el viento y unos dedos pringados de mantequilla. Delicioso. Lo pasamos muy bien, de veras, «convencionales» como lo eran nuestros anfitriones; sé que eran convencionales porque me lo decían una y otra vez. Pero lo pasamos muy bien. A ella vale la pena verla en la playa, una rubia de ojos verdes, alta, esbelta y con grandes pechos. Incluso cuando el deseo menguaba, nada me gustaba más que echarme en la cama y mirarla mientras se vestía por la mañana y se desnudaba por la noche. Allá, en el hueco de las dunas, le desato la parte superior del biquini y las veo caer. «Imagina dónde estarán a los cincuenta si a los veinticinco caen así», me dice. «No puedo imaginar eso, no quiero», replico y, poniéndola de rodillas, me recuesto en la arena caliente, hincó los talones, cierro los ojos y aguardo con los labios abiertos a que su pecho me llene la boca. ¡Qué sensación, con el mar resonando allá abajo! ¡Como si fuese el mismo globo, un globo blando y succionable! ¡Y yo Poseidón o Zeus! Ah, nada supera a los placeres del dios antropomórfico. «Pasemos todo el verano próximo junto al mar», le digo, como lo hace la gente el primer día feliz de las vacaciones. Claire susurra: «Primero vayamos a casa y hagamos el amor». Ha pasado cierto tiempo desde la última vez, tiene razón. «Oh, quedémonos aquí tendidos —le digo—. ¿Dónde está esa cosa tan extraña? Sí, otra vez, otra vez.» «No quiero que te quedes sin respiración. Te estabas poniendo verde.» «De envidia», replico.

Sí, admito sinceramente que eso es lo que decía. Y si se tratara de un cuento de hadas en lugar de mi vida, ahora vendría la moraleja: «Ten cuidado con los deseos ridículos, pues es posible que tengas suerte». Pero como no hay duda de que esto no es un cuento de hadas (por lo menos no lo es para mí, querido lector), ¿por qué semejante deseo habría de ser el que se hiciera realidad? Te aseguro que he deseado en mi vida cosas mucho más caprichosas que succionar un pecho en aquella playa. ¿Por qué unas palabras juguetonas y amorosas, pronunciadas aquel primer día de

nuestras idílicas vacaciones, habrían de encarnarse, mientras que todo cuanto he deseado vivamente solo he podido conseguirlo, si es que lo he conseguido, poniendo un pie delante del otro en el transcurso de treinta y ocho años? No, me niego a supeditar mi desconcierto a la teoría de la satisfacción de los deseos. Por pulcra, moderna y deliciosamente punitiva que sea, me niego a creer que esto sea algo que deseaba ser. ¡No! La realidad es más imponente que eso, la realidad tiene cierta distinción.

Ahí lo tienes. Para los que prefieran un cuento de hadas a la vida, una moraleja: «La realidad —concluye el amargado profesor que, por razones que desconoce, se ha convertido en un pecho femenino— tiene distinción». ¡Andad, elegantes houyhnhnms satisfechos de vosotros mismos a los que nada repugnante ha sucedido todavía, andad a moralizar sobre eso!

No fue a Claire a quien le hice entonces mi «grotesca» propuesta, sino a mi enfermera.

—¿Sabe lo que me gustaría hacer cuando me lava así? —le pregunté—. ¿Puedo decirle en qué estoy pensando ahora mismo?

—¿En qué, profesor Kepesh?

—Me gustaría tirármela con mi pezón.

—No le oigo, profesor.

—¡Me excito tanto que quiero tirármela! ¡Quiero que se siente sobre mi pezón... que me ponga ahí el coño!

—Solo un poco más y ya estará...

—¿Me has oído, puta? ¿Has oído lo que quiero?

—Ahora lo estoy secando...

Cuando el doctor Klinger llegó a las cuatro, me carcomía el remordimiento. Incluso empecé a sollozar un poco cuando le dije lo que había hecho a pesar de mis celos y de su advertencia. Le dije que ahora todo estaba registrado en cinta magnetofónica, y muy bien podría salir en los periódicos sensacionalistas del día siguiente. Un momento de diversión para los pasajeros apretujados en el metro camino del trabajo. Y es que, ciertamente, mi situación tenía un aspecto cómico. ¿Qué es una catástrofe sin su lado cómico? La señorita Clark, como la conozco desde el principio, es una solterona de baja estatura, rechoncha, y tiene cincuenta y seis años.

Al contrario que el doctor Gordon, Claire y mi padre, quien continuamente me asegura que solo me observan quienes anuncian su presencia, el doctor Klinger nunca se ha molestado en llevarme la contraria sobre ese particular.

—¿Y qué más da que salga en la primera plana?

—¡No es asunto de nadie! —replico, todavía sollozando.

—Pero le gustaría hacerlo, ¿no es cierto?

—¡Sí! ¡Sí! ¡Pero ella no me ha hecho caso! ¡Ha fingido que le pedía que se diera prisa a terminar! No quiero que vuelva. ¡Quiero una nueva enfermera!

—¿Ha pensado en alguien concretamente?

—Una mujer joven... ¡y guapa! ¿Por qué no?

—Alguien que le escuche y acepte lo que le pide.

—¡Sí! ¿Por qué no? ¡De lo contrario es demencial! ¡Debo conseguir lo que quiero! ¡Esta no es una clase de vida ordinaria y no estoy dispuesto a fingir que lo es! Usted pretende que sea normal, espera de mí que sea normal, ¡en estas condiciones! He de ser un hombre juicioso... ¡en estas condiciones! ¡Pero esa es una pretensión absurda por su parte, doctor! ¡Quiero que ella se sienta encima de mí y me ponga ahí el coño! ¿Por qué no? ¡Quiero que Claire haga lo que deseo! ¿Qué tiene eso de grotesco? Que se me niegue el placer en esta situación... ¡eso sí que es grotesco! ¡Quiero que me follen! ¿Por qué no habrían de follarme? ¡Dígame qué motivos hay para no hacerlo! ¡En cambio usted me tortura! ¡En cambio me impide que consiga lo que deseo! ¡En cambio estoy aquí tendido y soy juicioso! Y en eso radica la locura, doctor... ¡en ser juicioso!

No sé hasta qué punto el doctor Klinger entendía siquiera lo que le estaba diciendo; es bastante difícil seguirme cuando hablo con parsimonia, concentrado, y ahora sollozaba y gritaba sin pensar para nada en las cámaras de televisión ni en los espectadores sentados en la tribuna... ¿O acaso ese era el motivo de que me expresara así? ¿Tan atormentado estaba por la proposición que le había hecho a la señorita Clark aquella mañana? ¿O daba aquel espectáculo sobre todo en beneficio de mi gran público, para convencerle, dejando de lado las apariencias, de que sigo siendo un hombre, pues, quién sino un hombre tiene conciencia, razón, deseo y remordimiento?

Esta crisis se prolongó durante meses. Cada vez me mostraba más lascivo con la robusta e implacable señorita Clark, hasta que, finalmente, una mañana le ofrecí dinero.

—¡Agáchate... tómallo por detrás! ¡Te daré lo que quieras!

Durante mis largos y vacíos días había intentado imaginar cómo le pondría el dinero en las manos y cómo obtendría un préstamo si ella me pedía más de lo que tenía ahorrado en mi cuenta. ¿Quién me ayudaría? No podía solicitar semejante cosa a mi padre o a Claire, y eran las dos únicas personas cuyas visitas aceptaba de buen grado. Ridículo, tal vez, dado lo seguro que estaba de que las cámaras de televisión recogían continuamente mi imagen y que el *Daily News* publicaba a diario mis progresos, pero téngase en cuenta que no estoy arguyendo que desde mi transformación haya sido un modelo de «conducta responsable de adulto maduro». Tan solo trato de expresar, lo mejor que puedo, las etapas por las que he tenido que pasar camino de la actual base de equilibrio melancólico... Ciertamente en lo que se

refiere a la ayuda —para hacerme con el dinero, para llevar a cabo los arreglos financieros, con la señorita Clark o, si fuese necesario, con alguna mujer cuya profesión no se circunscriba a la actitud ética de una enfermera— podría haber recurrido fácilmente a un joven y barbudo colega, un inteligente poeta de Brooklyn que no es gazmoño y cuya audacia sexual le ha valido cierta notoriedad en nuestro departamento de lengua y literatura inglesas. Pero tampoco yo era gazmoño, y de vez en cuando me había apetecido una aventura sexual no menos desarrollada que la de mi joven amigo. Has de comprender que no era un hombre de escasa experiencia y sofocantes inhibiciones quien se veía atormentado por sus deseos en aquella hamaca. No había tenido ninguna dificultad para experimentar con prostitutas cuando era veinteañero, y durante el año que pasé estudiando en Londres, con una beca Fulbright, durante varios meses tuve una emocionante y agitada aventura con dos mujeres jóvenes, estudiantes de mi edad, procedentes de una universidad sueca, que compartían conmigo un dormitorio en un sótano, hasta que la menos estable de las dos intentó, con bastante desgana, arrojarse bajo las ruedas de un camión. Lo que me alarmaba no era la rareza de mis deseos en aquella hamaca, sino el grado en que rompería con mi pasado (y mi especie) si cedía a ellos. Temía que, cuanto más lejos fuese, más lejos estaría dispuesto a ir, hasta que llegase a un extremo de frenesí en el que mi existencia ya no tendría nada que ver con el hombre que había sido. Ni siquiera se trataba de que ya no sería yo mismo: ya no sería nadie. Me habría convertido en carne anhelante Y nada más.

Así pues, con la ayuda del doctor Klinger, me dispuse a extinguir —y, si no a extinguir, por lo menos, por emplear la palabra predilecta del doctor, a *tolerar*— el deseo de insertar mi pezón en una vagina. Pero, con toda mi fuerza de voluntad, que, como la de mi madre, puede ser considerable cuando me empeño, me resultaba imposible dominarme cuando empezaba el lavado. Finalmente decidieron rociar con un anestésico suave el pezón y la areola antes de que la señorita Clark se pusiera manos a la obra. Y lo cierto es que esta medida redujo la sensación en grado suficiente para darme ventaja en la batalla contra unos impulsos tan poco prácticos; una batalla que, sin embargo, solo gané cuando los médicos decidieron, con mi consentimiento, someterme a los cuidados de un enfermero.

Eso fue lo que surtió efecto. Insertar mi pezón en la boca o el ano del señor Brooks, el enfermero, es algo que no puedo imaginar en el estado de excitación con que lo imaginaría en Claire o incluso en la señorita Clark, aunque soy consciente de que la conjunción de boca masculina y pezón femenino difícilmente podría considerarse un acto homosexual. Pero tal es la fuerza de mi pasado y sus tabúes, y el poder que ejercen sobre mi imaginación las mujeres y sus aberturas, que ahora, temporalmente anestesiado y en manos de un hombre, puedo recibir las abluciones matinales más o menos como cualquier otro inválido.

Y aún está ahí Claire, la angélica e imperturbable Claire, para «hacerme el amor», con la boca si no con la vagina. ¿Y no basta con eso? ¿No es tal cosa lo bastante increíble? Claro que sueño con más, sueño con ello durante todo el día, pero ¿de qué me sirve más, de todos modos, cuando mi excitación carece de un final orgásmico y no tengo más que esa sensación sostenida de que estoy a punto de eyacular, un estado en el que me contorsiono desde el primero al último momento? La verdad es que, a estas alturas, he llegado a conformarme con menos en vez de más. Creo que sería mejor evitar que Claire llegara a verse tan solo como la máquina femenina solicitada cada noche para que monte al ridículo organismo que en el pasado fue David Kepesh. Sin duda cuanto menos tiempo pase sobre mi pezón, tanto mayores serán mis posibilidades de seguir siendo para ella (y para mí) algo distinto de ese pezón. En consecuencia, ahora solo durante la mitad de la hora que dura su visita tenemos relación sexual, y el resto del tiempo lo pasamos conversando. A ser posible, incluso me gustaría reducir a la mitad esa media hora. Si la excitación se produce siempre al mismo nivel, sin aumentar ni disminuir de intensidad una vez que ha comenzado, ¿qué diferencia hay en que la experimente durante quince minutos en lugar de treinta? ¿Qué diferencia hay si dura tan solo un minuto?

De todos modos, todavía no me siento capaz de semejante renuncia, como tampoco estoy convencido de que sea deseable desde el punto de vista de Claire. Pero créeme si te digo que el mero hecho de tener tal idea después del tormento que he conocido, es admirable. Incluso ahora hay todavía momentos, infrecuentes pero penosos, cuando sus labios me están palpando rítmicamente el pezón, en los que apenas puedo contener el impulso de gritar: «¡Fóllatelo, Ovington! ¡Métetelo en el coño!». Pero no lo hago, no. Si Claire estuviera dispuesta a hacerlo, ella misma ya me lo habría sugerido. Al fin y al cabo, sigue siendo solo una maestra de cuarto curso en la escuela de la calle Bank, una muchacha criada en Schenectady, Nueva York, miembro de la asociación Phi Beta Kappa de Cornell. No tiene sentido que le haga considerar con demasiado detenimiento las cosas grotescas en las que, milagrosamente, ya se ha manifestado dispuesta a participar con seres como yo.

En algún momento entre la primera y la segunda de las dos grandes «crisis» a las que he sobrevivido hasta ahora en el hospital (si de un hospital se trata), recibí la visita de Arthur Schonbrunn, decano del departamento de Artes y Ciencias en Stony Brook, a quien conozco desde mi estancia en Palo Alto, cuando él era el joven y célebre profesor de Stanford y yo estudiaba allí para obtener el doctorado en filosofía y letras. Hace ocho años, Arthur, como presidente del recién creado departamento de literatura comparada, me llevó desde Stanford a Stony Brook. Ahora tiene cerca de cincuenta años y es un caballero irónico y encantador, un hombre que, pese a que se dedica a la docencia, tiene una elegancia, tanto de maneras como de indumentaria, que resulta excepcional y casi alarmante. La competencia social de Arthur y el hecho de que nos conocemos desde hace tanto tiempo fue lo que me decidió (así como al doctor Klinger) a elegirlo como la persona idónea para realizar mi presentación en sociedad tras la victoria sobre los anhelos fálicos de mi pezón. También deseaba que Arthur viniera para poder hablarle —si no durante la primera visita, entonces en la siguiente— sobre el modo de enfocar mi continuidad como profesor universitario. En Stanford yo había sido profesor adjunto de una de sus muy concurridas clases de segundo curso, la de «Obras maestras de la literatura universal», y empezaba a preguntarme si cabría la posibilidad de desempeñar nuevamente esa actividad. Claire podría leerme en voz alta los trabajos de los alumnos, y yo le dictaría mis comentarios y las calificaciones... ¿O era una idea del todo imposible? El doctor Klinger necesitó varias semanas para convencerme de que no había nada malo en preguntarlo.

No tenía la menor posibilidad. Incluso mientras le estaba diciendo, inevitablemente un poco «lloroso», hasta qué punto me conmovía que fuese el primero de mis colegas que me visitaba, me pareció que le oía reír.

—¿Estamos solos, Arthur? —le pregunté.

—Sí —respondió él, y percibí con toda claridad su risa.

Carecía de visión, pero podía imaginar a mi antiguo mentor: el blazer con forro de un color vivo que le había confeccionado la sastrería Kilgore and French de Londres; los pantalones de franela suaves y los relucientes zapatos de Gucci... ¡el diplomático decano, con su hermosa mata de pelo negro entreverado de blanco, riéndose de mí! Y ni siquiera le había planteado mi deseo de ser profesor adjunto del departamento.

Riéndose no debido a alguna ridiculez que le hubiera propuesto, sino porque constataba que era cierto, que realmente me había convertido en un pecho. Mi asesor del curso de posgrado, mi superior universitario, el profesor más distinguido que hubiera conocido jamás, y, sin embargo, a juzgar por los sonidos que emitía, no podía reprimir la risa tan solo con verme.

Lo... lo siento, David...

Pero ahora se reía tanto que ni siquiera podía hablar. Arthur Schonbrunn incapaz de hablar. Nada podría ser más increíble. Veinte, treinta segundos más de carcajadas, y entonces se marchó. La visita había durado unos tres minutos.

Al cabo de dos días llegaron las disculpas, expresadas con tanta elegancia como todo lo que Arthur había escrito desde su librito sobre Robert Musil. Y a la semana siguiente llegó un paquete enviado por Sam Goody's, con una tarjeta firmada por «Debbie y Arthur S.». Un álbum de discos de *Hamlet* interpretado por Laurence Olivier.

Arthur había escrito: «No debería haber aumentado tu desgracia con mi pusilánime e imperdonable actuación. No sé cómo explicar lo que me ocurrió. Si lo intentara, a los dos nos parecería pura hipocresía».

Trabajé en mi respuesta durante una semana. Debí de dictar unas cincuenta cartas: corteses, elocuentes, comprensivas, desenfadadas, maliciosas, disparatadas, serias, avergonzadas, literarias y algunas incluso más bobas que la que le envié. «¿Pusilánime? —le escribí a Arthur—. Hombre, en todo caso, que te hayas desternillado de risa es una prueba de tu campechana vitalidad. El pusilánime soy yo, y de no ser así me habría reído contigo. Si no llego a apreciar la enorme comedia de todo esto, se debe tan solo a que en realidad tengo más de Arthur Schonbrunn que tú mismo, ¡gilipollas vano, ególatra y alechuguinado!» Pero la que elegí finalmente tan solo decía: «Queridos Debbie y Arthur S.: Muchas *gracias* por los discos. Dave “el Pecho” K.». Me aseguré de que Claire había escrito «gracias» con ese antes de que enviara por correo mi pequeño mensaje. Si lo enviaba. Si se molestaba en anotarlo.

La segunda crisis que amenazó con destruirme y que, por el momento, parezco haber sorteado podría considerarse una crisis de fe. Como sucedió pasado un mes desde la visita de Arthur, no resulta fácil saber si la precipitó aquella humillación. Hace mucho que he dejado de aborrecer a Arthur Schonbrunn por lo que hizo aquel día (por lo menos sigo empeñándome en no aborrecerlo) y por ello ahora tiendo a estar de acuerdo con el doctor Klinger, quien cree que aquello con lo que hube de habérmelas a continuación era inevitable y no se puede achacar la culpa a los tres minutos que el decano pasó conmigo. Es evidente que no puedo culpar a nadie de nada de lo que ha sucedido, ni siquiera a mí mismo.

Lo que sucedió a continuación fue que me negué a creer que me había convertido en un pecho. Tras haber conseguido renunciar (más o menos) a mis sueños de

acoplamiento por medio del pezón con Claire, con la señorita Clark, con cualquier mujer que estuviese dispuesta, me di cuenta de que aquello era imposible. Un hombre solo puede convertirse en pecho en su propia imaginación.

Había tardado seis meses en comprenderlo.

—Mire, esto no puede ocurrir... ¡de ninguna manera!

—¿Por qué no? —replicó el doctor Klinger.

—¡Usted sabe por qué! ¡Cualquier niño sabe por qué! ¡Porque es una imposibilidad fisiológica, biológica y anatómica!

—¿Cómo explica entonces el aprieto en que se encuentra?

—¡Es un sueño! No han pasado seis meses... eso también es una ilusión. ¡Estoy soñando! ¡Solo se trata de despertar!

—Pero está usted despierto, señor Kepesh. Sabe muy bien que lo está.

—¡Deje de decir eso! ¡No me torture así! ¡Deje que me levante! ¡Basta! ¡Quiero levantarme!

Durante días y más días, o lo que pasa por días en una pesadilla, luché por despertarme. Claire venía todas las tardes para chuparme el pezón y hablar, mi padre venía el domingo para contarme las últimas noticias, el señor Brooks se presentaba todas las mañanas y me hacía salir del sueño con unos suaves golpecitos en el borde de la areola. Por lo menos imaginaba que me había despertado al tocarme el borde de la areola. Entonces comprendía que no me había despertado de un sueño real, sino del sueño que soñaba dentro de la pesadilla. No era un pecho que se despertara, sino yo mismo, y seguía soñando.

¡Ah, cómo maldecía a mis captores!, aunque, desde luego, si se trataba de un sueño solo maldecía a unos captores de mi propia invención. «¡Dejad de torturarme, todos vosotros! ¡Que alguien me ayude a levantarme!» Maldecía a los espectadores del anfiteatro que había construido, maldecía a los técnicos del circuito de televisión que había imaginado («¡Mirones! —gritaba—, ¡cruelles y sádicos mirones que me coméis con los ojos!»), hasta que finalmente, temerosos de que mi deteriorado organismo cediera bajo la tensión emocional (sí, tales eran las palabras de preocupación que ponía en sus bocas mentirosas), decidieron someterme a una profunda sedación. ¡Cómo aullé entonces! «¡Jodida e insensible Claire! ¡Padre idiota e ignorante! ¡Eres un matasanos, Klinger, eres un fraude!»), gritaba incluso mientras la droga me iba debilitando, una droga sedante que de alguna manera yo mismo había administrado al soñador.

Cuando volví en mí, por fin me di cuenta de que había enloquecido. No estaba soñando. Estaba loco. No habría ningún despertar mágico, no abandonaría la cama, me cepillaría los dientes e iría a dar clases como si nada más que una pesadilla hubiera interrumpido mi vida corriente y predecible; en caso de que pudiera esperar algo, sería el largo camino de retorno a la cordura. Y, por supuesto, el primer paso

hacia la recuperación de la cordura era comprender que la sensación de que me había convertido en un pecho era el delirio de un lunático. En vez de estar colgado en una hamaca tras una catástrofe endocrinopática como ningún endocrinólogo había conocido hasta entonces, era más que probable que me encontrara sentado, delirante, en una habitación de un manicomio. Y no hay duda de que eso es algo que puede suceder y les sucede a muchas personas, continuamente. Que no pudiera ver ni saborear ni oler, que solo pudiera oír débilmente, que no pudiera establecer contacto con mi propia anatomía, que al hablar con otros tuviera la sensación de estar enterrado y casi estrangulado por mi propio tejido adiposo... ¿eran estos síntomas tan insólitos en el estado de estupor de la psicosis?

Sin embargo, me resultaba difícil comprender por qué motivo había perdido la cordura. ¿Qué podía haber desencadenado un desplome esquizofrénico tan absoluto en un hombre que aparentemente se encontraba tan bien? Pero, por otro lado, lo que podría haber causado semejante crisis era sin duda tan aterrador que me habría visto obligado a borrar por completo su recuerdo... Pero entonces, ¿por qué el doctor Klinger (y estaba seguro de que la persona con la que hablaba era el doctor Klinger; tenía que estar seguro de algo para empezar, así que me aferraba a su inglés con un suave acento, su franqueza y su humor vulgar como prueba de que eso por lo menos era real en mi experiencia), por qué, pues, el doctor Klinger me pedía que aceptara mi destino, cuando era evidente que el camino de retorno a la cordura suponía plantar cara a aquella concepción de mí mismo absolutamente demencial? La respuesta era obvia, debería haberlo sido desde el principio. Eso no era lo que Klinger estaba diciendo. Debido a mi enfermedad, tomaba sus palabras y, a pesar de lo sencillas y claras que eran, les daba exactamente el sentido contrario al que tenían.

Aquella tarde, cuando llegó Klinger, tuve que hacer acopio de toda mi famosa fuerza de carácter a fin de explicarle, tan sencilla y claramente como yo podía hacerlo, el increíble descubrimiento que había hecho. Al terminar sollozaba, pero por lo demás había estado tan inspirado como siempre al hablar. Cuando uno da clase, a veces se oye a sí mismo hablar con unas cadencias perfectas, desarrollando ideas con frases precisas y combinándolas en párrafos llenos a rebosar, y entonces resulta difícil creer que el individuo que se dirige a sus silenciosos alumnos con su pico de oro y su gran decisión pueda haberse hecho tal lío con sus notas solo una hora antes. Pues bien, todavía es más difícil de creer que el tono comedido en el que le había dado la noticia al doctor Klinger procedía del loco injurioso al que sus guardianes habían sedado. Si aún era un lunático —y puesto que continuaba siendo un pecho, seguía siendo un lunático—, ahora por lo menos era uno de los más lúcidos y elocuentes de la planta del hospital donde me hallaba.

—Curiosamente, la visita de Arthur Schonbrunn es lo que me convence de que estoy en el camino correcto —le dije—. ¿Cómo podría haber creído jamás que Arthur

vendría aquí y se echaría a reír? ¿Cómo podría confundir con la verdad un engaño tan ostensiblemente paranoico? Hace un mes que le maldigo, y a Debbie también, por enviarme esos discos idiotas, y nada de esto tiene el menor sentido. Porque si hay una persona en el mundo que nunca pierde el dominio de sí mismo, es Arthur.

—¿Acaso ese decano está por encima de los riesgos de la naturaleza humana?

—¿Sabe una cosa? La respuesta a esa pregunta es afirmativa. Está por encima de los riesgos de la naturaleza humana.

—Un astuto vivales, ¿eh?

—No es que sea tan astuto, esa es una manera errónea de considerarlo. Lo que ocurre es que me he vuelto muy loco. ¡Pensar que me he inventado todo esto...!

—¿Y su nota, a la que usted respondió con tanta amabilidad? ¿La nota que le puso tan furioso?

—Más paranoia.

—¿Y la grabación de *Hamlet*?

—Ah, eso sí que es real. Es real y muy propio de Debbie. Oh, sí, ahora veo la diferencia, incluso mientras hablo percibo la diferencia entre lo demencial y lo que ha sucedido realmente. Percibo la diferencia, debe usted creerme. ¡Me he vuelto loco, pero ahora lo sé!

—¿Y qué cree que le ha hecho, como dice usted, «volverse loco»? —inquirió el doctor Klinger.

—No lo recuerdo.

—¿No tiene ninguna idea? ¿Qué podría haber motivado que una persona como usted sufra un delirio tan completo e impenetrable?

—Le estoy diciendo la verdad, doctor. No tengo la menor idea. Todavía no, por lo menos.

—¿No se le ocurre nada? ¿Nada en absoluto?

—Verá, lo que se me ocurre... lo que se me ha pasado por la cabeza esta mañana...

—¿Qué es?

—Me estoy aferrando a un clavo ardiendo, y sé lo caprichoso que eso parece en estas circunstancias, pero he pensado que esto procede de la literatura. Los libros sobre los que he dado clases... ellos me han metido la idea en la cabeza. Pienso en mi curso de literatura europea. Ocuparme de Gogol y Kafka un año tras otro, explicar *La nariz* y *La metamorfosis*.

—Sin embargo, muchos otros profesores de literatura centran también sus clases en esas obras.

—Pero tal vez sin tanta convicción —repliqué, con un rasgo de humor intencionado.

Él se echó a reír.

—La cuestión es que estoy loco, ¿verdad?

—No.

Solo me sentí contrariado un momento. Me di cuenta de que había invertido el sentido de su negativa tan fácil e inconscientemente como enderezamos las imágenes que se proyectan al revés en la retina.

—Debo decirle —le expliqué con calma— que aunque usted ha dicho que sí cuando le he preguntado si estaba loco, le he oído decir que no.

—Le he dicho que no. Usted no está loco. No sufre ningún delirio, ni desde luego lo ha sufrido hasta ahora. Es un pecho, si se le puede llamar así. Sus esfuerzos por adaptarse a una misteriosa desgracia han sido heroicos. Uno comprende la tentación, desde luego: todo esto no es más que un sueño, una alucinación, un delirio, incluso un estado mental inducido por drogas. Pero lo cierto es que no se trata de nada de eso. Es algo que le ha ocurrido a usted. Y la mejor manera de enloquecer, ¿me escucha, señor Kepesh?, es fingir otra cosa. El consuelo que eso puede procurarle durará poco, se lo aseguro. Quiero que deje de engañarse y abandone ahora mismo la idea de que está loco. No lo está, y fingir otra cosa solo le causará pesar. La locura no es ninguna solución, tanto si es una locura imaginaria como real.

—Una vez más lo oigo todo invertido. He dado por completo la vuelta al sentido de sus palabras.

—No, no lo ha hecho.

—¿Tiene algún sentido para usted que considere mi delirio como algo alimentado por los años dedicados a enseñar esos relatos? Es decir, al margen del trauma que desencadenó la crisis.

—Pero no hubo ningún trauma, ninguno de naturaleza psicológica; y, como le he dicho, le repito y seguiré diciéndoselo: esto no es un delirio.

¿Cómo insistir? ¿Cómo abrirme paso a través de aquella inversión de la realidad?

Con una astucia que me satisfizo, y que me pareció una prueba de buena salud mental, repliqué:

—Pero si lo fuese, doctor Klinger, puesto que una vez más he entendido que decía lo contrario de lo que ha dicho, si fuese un delirio, ¿vería usted entonces alguna relación entre la clase de alucinación que sufro y el poder que ejercen sobre mi imaginación Kafka o Gogol? ¿O Swift? Pienso en *Los viajes de Gulliver*, otro libro sobre el que he impartido clases durante años. Tal vez si siguiéramos hablando hipotéticamente...

—Basta, señor Kepesh. No engaña usted a nadie más que a sí mismo, si es que en verdad se engaña. Ha sufrido una conmoción, pánico, furor, desesperación, desorientación, profundos sentimientos de impotencia y aislamiento, la depresión y el miedo más oscuros, pero a través de todo ello, de una manera milagrosa, absolutamente maravillosa, no hay ni rastro de delirio. Ni siquiera cuando su viejo

amigo, el decano, se presentó aquí y le dio el ataque de risa. Es natural que eso le conmocionara, es natural que le dejara abatido. ¿Por qué no habría de ser así? Pero no ha imaginado la desafortunada conducta de Arthur Schonbrunn. No se ha inventado lo que le ha sucedido a usted, ni tampoco lo que le sucedió a él cuando estuvo aquí. No ha tenido necesidad de inventárselo. Finge usted que es un ingenuo, ¿sabe?, cuando me dice que un hombre con la posición de Arthur Schonbrunn no puede reaccionar en absoluto como él lo ha hecho. Es demasiado buen estudioso de la naturaleza humana para creer tal cosa. Ha leído demasiado a Dostoievski para eso.

—¿Servirá de algo que le repita lo que he creído haberle oído decir?

—No es necesario. Lo que cree haber oído, lo ha oído. Esto se conoce como cordura. Déjese de monsergas lunáticas, señor Kepesh, y cuando antes lo haga, tanto mejor. Gogol, Kafka y compañía... va a tener serios problemas si sigue por ese camino. Antes de que se dé cuenta habrá causado unos delirios auténticos e irreversibles, exactamente como esos de los que ahora afirma que desea librarse. ¿Me sigue? Creo que sí. Es usted un hombre muy inteligente, tiene una notable fuerza de voluntad y quiero que termine con eso ahora mismo.

¡Qué agotador era oírlo todo al revés! ¡Qué ingeniosa es la locura! Pero por lo menos ahora sabía la verdad.

—¡Doctor Klinger! ¡Escúcheme, doctor Klinger! ¡No permitiré que esto siga volviéndome loco! ¡Lucharé por liberarme! ¡Dejaré de oír lo contrario! ¡Empezaré a oír lo que todos ustedes me están diciendo! ¿Me escucha, doctor? ¿Comprende mis palabras? ¡No seguiré participando en este engaño! ¡Me niego a formar parte de él! ¡Entenderé lo que quiere usted decir! ¡Pero no se dé por vencido! Por favor —le supliqué—, ¡no me considere un caso perdido! ¡Superaré todo y seré de nuevo yo mismo! ¡Estoy decidido a hacerlo! ¡Con todas mis fuerzas, con toda mi voluntad de vivir!

Ahora me pasaba los días tratando de desentrañar las palabras que oía decir a los médicos, a Claire y al señor Brooks. El esfuerzo que esto requería era tan absoluto y tan agotador, que cuando llegaba la noche tenía la sensación de que bastaría el soplo de unos labios infantiles para extinguir definitivamente la oscilante llamita de memoria, inteligencia y esperanza que seguía empeñada en afirmar mi identidad.

El domingo, cuando me visitó mi padre, se lo conté todo, aunque estaba seguro de que Claire y Klinger se lo habrían comunicado por teléfono el día que sucedió. Balbucí como un niño que ha ganado un trofeo. Le dije la verdad: ya no creía que era un pecho. Si bien aún no había podido despojarme de la sensación física de irrealidad, a diario me libraba de la ridícula ilusión psíquica; cada día, a cada hora, notaba que volvía lentamente a ser yo mismo, y que incluso podía entrever el momento en que volvería a dar clases sobre Gogol y Kafka en vez de experimentar indirectamente las transformaciones antinaturales que imaginaron en sus famosas

obras. Como mi padre no sabe nada de libros, le conté cómo, en el relato de Kafka, Gregorio Samsa se despierta y descubre que se ha convertido en un enorme escarabajo; le resumí *La nariz*, diciéndole que una mañana el personaje de Gogol se despierta sin nariz, sale a buscarla por San Petersburgo, pone un anuncio en el periódico solicitando que se la devuelvan, la ve «caminando» por la calle, un ridículo encuentro tras otro, hasta que al final la nariz aparece de nuevo en su cara, sin que el retorno tenga motivo alguno, como tampoco lo había tenido la desaparición. (Imaginé a mi padre pensando: «¿Enseña estas cosas en la universidad?».) Le expliqué que seguía sin poder recordar el golpe causante del estado en que me hallaba, que me había vuelto sordo, no oía nada cuando el médico intentaba que me enfrentara a la situación. Pero al margen de cuál hubiera sido el trauma, por terrible, horroroso y repelente que fuese, yo sabía que mi ruta de huida era la fantasía de la transformación física que tenía a mano, los relatos catastróficos de Kafka y Gogol y sobre los que solo una semana antes había dado clase a mis alumnos. Ahora, con la ayuda del doctor Klinger, trataba de averiguar por qué, entre todas las posibilidades, había elegido un pecho femenino. ¿Por qué razón una voluminosa y estúpida bolsa de tejido mudo y deseable, objeto de acciones en vez de actor, desprotegido, pendiente, ahí, como un pecho se limita a pender y estar ahí? ¿Por qué aquella primitiva identificación con el objeto infantil de veneración? ¿Qué apetitos no satisfechos, qué confusiones de la cuna, qué fragmentos de mi remoto pasado podrían haber chocado para provocar un delirio de semejante simplicidad clásica? Seguí parlotando de este modo ante mi padre, y entonces, una vez más, jubilosamente, sollocé. No vertí lágrimas, me limité a sollozar. ¿Dónde estaban mis lágrimas? ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que volviera a notarlas? ¿Cuándo volvería a notar los dientes, la lengua, los dedos de los pies?

Durante largo rato mi padre no dijo nada. Pensé que tal vez también estaba llorando. Entonces me dio las noticias semanales: la hija de Fulano está embarazada, el hijo de Mengano se ha comprado una casa de ciento cincuenta mil dólares, mi tío suministra la comida y la bebida para el banquete de bodas del hijo del hermano menor de Richard Tucker.

Ni siquiera me había oído. Naturalmente. Tal vez yo había superado la creencia de que era un pecho, pero al parecer aún era casi necesario que recitara, como desde un escenario, si quería que me entendieran. Lo que me parecía un tono de conversación normal daba la impresión de que sonaba como el susurro de alguien que estuviera en el otro extremo de la estancia. Pero esto no se debía a que mi voz estuviera sepultada en una glándula mamaria de setenta kilos. ¡Mi cuerpo seguía siendo un cuerpo! ¡Tan solo tenía que poner fin al susurro! ¿Podría ser eso parte de mi locura? ¿El hecho de que cuando creía que estaba hablando en voz alta, en realidad solo hablaba conmigo mismo? ¡Pues habla más alto!

Y eso fue lo que hice. Con toda la fuerza de mis pulmones (¡mis dos buenos pulmones!) le repetí a mi padre el relato del descubrimiento que había hecho.

Y entonces llegó el momento de dar el paso siguiente. Un pie delante del otro.

—¿Dónde estamos, papá? Dímelo.

—En tu habitación —respondió él.

—Y dime, ¿me he convertido en un pecho de mujer?

—Bueno, eso es lo que dicen.

—Pero no es cierto. Soy un enfermo mental. A ver, vuelve a decírmelo. ¿Qué soy?

—Por favor, Davey.

—¿Qué soy?

—Eres un pecho de mujer.

—¡Eso no es cierto! ¡Lo que te he oído decir no es cierto! ¡Soy un enfermo mental! ¡Estoy en un manicomio! Y tú has venido a visitarme. Si esa es la verdad, papá, quiero que digas que sí. Escúchame, tienes que ayudarme. Soy un enfermo mental. Estoy en un manicomio. He sufrido un grave colapso mental. Sí o no. Dime la verdad.

—Sí, hijo, sí, eres un enfermo mental —respondió mi padre.

Más tarde, cuando llegó Klinger, le grité:

—¡He oído a mi padre! ¡He oído la verdad! ¡Le he oído decir que soy un enfermo mental!

—No debería haberle dicho tal cosa.

—¡Lo he oído! ¡Tampoco lo estoy imaginando! ¡No lo he entendido al revés!

—Claro que lo ha oído. Su padre le quiere. Es un hombre sencillo y le quiere mucho. Ha pensado que decirle eso le sería de ayuda. Ahora sabe que no es así. Y usted también lo sabe.

Pero yo no podría haberme sentido más feliz. Mi padre me había entendido. ¡Era posible entenderme! Muy pronto los demás también lo harían.

—¡Lo he oído! —grité—. ¡No soy un pecho! ¡Estoy loco!

¡Cómo me esfuerzo en los días siguientes por recuperar la cordura! Remuevo el lodo de mis inicios, en busca de lo que explique, y por lo tanto aniquile, este ridículo delirio. Le digo al médico que he regresado al amanecer de mi vida, a mis primeras mil horas tras las infinitas horas de inexistencia, he regresado al momento en que todo es uno mismo y uno mismo es todo, al momento en que lo cóncavo es lo convexo y lo convexo lo cóncavo... ¡ah, cómo hablo! ¡Cómo me afano por burlar a mi locura! ¡Ojalá pudiera recordar mis hambrientas encías en la amorosa espita, mi nariz en el globo nutricio!

—Si ella viviese, si pudiera decirme...

—¿Sí? —inquire el doctor Klinger—. ¿Decirle qué?

—¿Cómo voy a saberlo? —replico en tono quejumbroso.

Pero ¿por dónde empezar si no es por ahí? Solo que resulta que ahí no hay nada. Todo es demasiado remoto, el regreso al lugar donde estoy ahora. Bucear hasta ese fondo marino donde empecé a ser, ¡descubrir en el limo mi precioso secreto! Pero cuando asciendo a la superficie, ni siquiera tengo cieno bajo las uñas. He ascendido sin nada.

Le digo al médico que tal vez, solamente tal vez, se trate de un desmoronamiento postanalítico que se ha estado incubando durante un año, el medio más desesperado que se me podía ocurrir para aferrarme a Klinger.

—¿Ha pensado alguna vez en las fantasías de dependencia que florecen en las mentes de sus pacientes debido a su apellido?^[1] ¿Ha caído en la cuenta, doctor, de que todos nuestros apellidos empiezan por K., el suyo, el mío y el de Kafka? Y sin olvidar a Claire... ¡y a la señorita Clark?

—El alfabeto —me recuerda a mí, un profesor de lengua— solo tiene veintiséis letras. Y somos cuatro mil millones necesitados de iniciales con fines de identificación.

—¡Pero...!

—Pero ¿qué?

—¡Algo, lo que sea! ¡Una pista, por favor! Si yo no puedo... entonces usted. Por favor, alguna pista, una orientación... ¡Tengo que salir de aquí!

Repaso de nuevo con él los momentos destacados de mi desarrollo psicológico, una vez más paso las páginas de la antología de relatos que los dos recopilamos como texto para el curso que impartimos, tres veces por semana, durante cinco años, *La historia de David Alan Kepesh*. Pero lo cierto es que esos relatos han sido contados y glosados de manera exhaustiva tantas veces que me resultan tan rancios como el viejo cuento preferido del maestro de escuela más retrógrado de Estados Unidos. El drama de mi vida, tan emocionante en los primeros años de terapia como *Los hermanos Karamazov*, tiene ahora el atractivo de un libro de lectura de décimo curso que empezara con *El collar* y siguiera hasta *La suerte del Campamento Rugiente*. Y esto explica el éxito con que terminaron las sesiones de análisis el año anterior.

¡Ahí radica mi trauma!, me dije. ¡El mismo éxito! Allí estaba lo que no podía aceptar: ¡una vida feliz!

—¿De qué se trata? —me pregunta burlonamente el doctor Klinger—. ¿Qué es lo que no puede aceptar?

—¡Recompensas en vez de castigos! ¡Consuelo! ¡Placer! Un estilo de vida gratificante, una vida sin...

—Espere un momento, por favor. ¿Por qué no podría aceptarlo? Son cosas estupendas. Vamos, señor Kepesh, no diga tonterías. Recuerdo que aceptaba la felicidad junto con todas esas cosas buenas.

Pero me niego a escucharle, puesto que de todos modos lo que le oigo decir no es lo que está diciendo. Eso se debe a mi enfermedad, que vuelve las cosas del revés para que siga loco. Sin embargo, sigo adelante, y a continuación hablo de aquello a lo que los pacientes se refieren más tarde o más temprano, de ese amigo imaginario al que llaman «mi culpa». Hablo de Helen, mi ex mujer, cuya vida, según me han dicho, no es mejor ahora de lo que lo era cuando padecimos juntos los cinco años de nuestro matrimonio. Recuerdo mi inevitable deleite cuando un viejo amigo de San Francisco, que había venido a cenar conmigo y mi encantadora e imperturbable Claire, me informó de la continua desdicha de Helen. Me dije que aquella zorra se lo tenía bien merecido...

—¿Y ahora —me pregunta Klinger en un tono de regocijo— cree que se está castigando a sí mismo de esta manera por un rencor tan vulgar y corriente?

—¡Le estoy diciendo que mi nueva vida llena de felicidad era excesiva para mí! —alego—. Eso explica que perdiera el deseo por Claire: ¡aquello era demasiado bueno para que durase! Tanta satisfacción parecía... ¡parecía injusta! ¡Comparada con el destino de Helen parecía de algún modo inicua! ¡Me abrumaba el sentimiento de culpa!

—Esto es análisis de pacotilla, mi querido señor —replica él—, y usted lo sabe tan bien como yo.

—Pues si esa no es la causa, ¿cuál es? ¡Ayúdeme! ¡Dígamelo! ¿Qué lo ha provocado?

—Nadie lo ha «provocado».

—Entonces, por el amor de Dios, ¿por qué estoy loco?

—Pero no está loco, y eso también lo sabe.

El domingo siguiente, cuando mi padre viene a visitarme, vuelvo a preguntarle si soy un enfermo mental, solo para asegurarme.

—No —me responde esta vez.

—¡Pero la semana pasada me dijiste que sí!

—Estaba equivocado.

—¡Pero es la verdad!

—No lo es.

—¡Otra vez invierto el sentido de lo que me dicen! Contigo no me pasaba y ahora ya ves. ¡Vuelvo a estar donde estaba! ¡Entiendo al revés lo que me dice todo el mundo!

—En absoluto —replicó el señor Klinger.

—¿Qué está haciendo aquí? Hoy es domingo. ¡Mi padre está aquí, no usted! ¡No quiero seguir estando loco! ¡Ayúdeme! ¿Me oye? ¡Ayúdeme, por favor! ¡Necesito su ayuda! ¡No puedo hacer esto solo! ¡Ayúdeme! ¡Sáqueme de aquí! ¡Dígame tan solo la verdad! Si soy un pecho, ¿dónde está la leche? Cuando Claire me chupa, ¿dónde está

la leche? ¡Dígamelo!

—¡Oh, David! —Era mi padre, ¡su cara sin afeitar en mi areola!—. Hijo mío, mi pobre hijito.

—¿Qué ha pasado, papá? Abrázame, papá, por favor. ¿Qué ha pasado realmente? Dímelo, por favor, ¿por qué me he vuelto loco?

—No te has vuelto loco, cariño —replicó él entre sollozos.

—Entonces, ¿dónde está mi leche? ¡Contéstame! ¡Si soy un pecho debería producir leche! ¡Retener leche! ¡Estar hinchado de leche! ¡Y eso es demasiado absurdo para que cualquiera se lo crea! ¡Incluso yo! ¡eso es sencillamente imposible!

Pero no hay duda de que es posible. De la misma manera que son capaces de incrementar la producción láctea de las vacas con inyecciones del agente lactogénico GH, la hormona del crecimiento, también han formulado la hipótesis de que es muy probable que yo pueda llegar a ser una glándula mamaria mediante una estimulación hormonal apropiada. De ser así, no faltarán científicos que quieran aprovechar la oportunidad de averiguarlo. Y tal vez, cuando no pueda seguir soportando todo eso, les dé esa oportunidad. ¿Y si la experimentación no acaba con mi vida? ¿Si tienen éxito y la leche empieza a brotar? Bueno, entonces sabré que soy un auténtico pecho, o bien que estoy tan loco como el más loco que haya existido jamás.

Entretanto han pasado quince meses, según me dicen, y de momento vivo con un relativo equilibrio. Es decir, las cosas han sido peores y volverán a serlo, pero por ahora Claire viene a visitarme todos los días, sin faltar uno solo, y durante la primera media hora, sin quejarse y sin repugnancia, se ocupa de proporcionarme placer. Convierte una perversión asquerosa en un amable acto de amor. Y entonces hablamos. Me está ayudando en mis estudios sobre Shakespeare. Últimamente he escuchado los discos de las tragedias. Empecé con el regalo de los Schonbrunn, Olivier en *Hamlet*. El álbum estuvo meses aquí, en la habitación, antes de que una mañana le pidiera al señor Brooks que rompiera el envoltorio de celofán y pusiera un disco en el fonógrafo. (Resulta que el señor Brooks es negro, así que, en el ojo de mi mente —en el ojo de la mente del pecho—, lo imagino como ese guapo senador negro de Massachusetts. ¿Por qué no, si me hace más llevadera esta situación?) Como tantas otras personas, desde que finalicé los estudios universitarios siempre he deseado tomarme tiempo algún día para releer a Shakespeare. Supongo que en una u otra ocasión así se lo dije a Debbie Schonbrunn, y ella compró el álbum al darse cuenta de que ahora yo disponía de tiempo. Sin duda no tuvo la menor intención satírica, por mucho que yo creyera otra cosa cuando llegó el *Hamlet* una semana después de la fugaz visita de Arthur. Debo recordar que, aparte de las dificultades más obvias ocasionadas por mi transformación, ya no soy persona a la que resulta más fácil en el mundo hacerle un regalo.

Todas las mañanas, durante varias horas, y de nuevo en ocasiones por las tardes, cuando no hay nada mejor que hacer, escucho mis discos de Shakespeare: Olivier interpreta a Hamlet y Otelo, Paul Scofield en el papel de Lear, *Macbeth* representada por la compañía del Old Vic. Incapaz de seguir con el texto mientras los actores declaman sus papeles, siempre me pierdo el significado de una palabra con la que no estoy familiarizado o me desoriento en la sintaxis enrevesada. Entonces mi mente empieza a divagar, y cuando sintonizo de nuevo, escucho líneas y más líneas que apenas tienen sentido. A pesar del esfuerzo —¡oh, el esfuerzo, este esfuerzo un minuto tras otro!— por mantener la atención fijada en las dificultades por las que atraviesan los sufrientes personajes de Shakespeare, sigo considerando mi propio sufrimiento por encima de lo tolerable.

La edición de Shakespeare que utilizaba en la universidad —*Obras teatrales completas y poemas de William Shakespeare*, de Neilson y Hill, encuadernada en tela azul, con el lomo desgastado por mi manoseo estudiantil, y con el texto muy subrayado en aquella época en que aspiraba a la sabiduría— está sobre la mesa al lado de la hamaca. Es uno de los varios libros que le he pedido a Claire que traiga del piso. Recuerdo con exactitud el aspecto que tiene, el motivo por el que deseaba tenerlo aquí. Por las tardes, durante la segunda media hora de su visita, Claire busca para mí en las notas al pie las palabras cuyo significado aprendí mucho tiempo atrás y luego olvidé; o bien ella me lee lentamente algún pasaje que se me pasó por alto aquella mañana en que mi mente se alejó del castillo de Elsinor y fue al hospital Lenox Hill. Me parece importante grabar con claridad esos pasajes en mi cerebro antes de dormirme. De lo contrario podría parecer que escucho *Hamlet* por la misma razón por la que mi padre atiende al teléfono en el servicio de catering de tío Larry, para matar el tiempo.

Olivier es un gran hombre, ¿sabes? Me he enamorado un poco de él, como una colegiala de un astro de la pantalla. Jamás hasta ahora me había entregado de una manera tan completa a un genio, ni siquiera al leer. Cuando era estudiante y luego profesor, experimentaba la literatura como algo inevitablemente contaminado por mi timidez o por las responsabilidades del discurso serio; o bien aprendía o bien enseñaba. Pero ahora las responsabilidades han quedado atrás; por fin puedo limitarme a escuchar.

Al principio, cuando me quedaba solo por la noche, trataba de divertirme imitando a Olivier. Durante el día escuchaba los discos para memorizar los famosos soliloquios, y de noche actuaba, tratando de aproximarme a su manera tan personal de declamar. Tras unas semanas de práctica, me pareció que realmente había dominado su Otelo, y una noche, después de que Claire se hubiera marchado, declamé el texto de la escena de la muerte con una pasión tan quejumbrosa que podría haber hecho llorar al público, si lo hubiera habido. Entonces me di cuenta de que había un público. Era alrededor de medianoche, pero nadie me ha dado todavía un buen motivo por el que la cámara de televisión debiera estar desconectada a alguna hora del día o de la noche, de modo que seguí con mi actuación. Nada más fácil que exagerar el patetismo. «Vamos, David —me dije—, todo esto es demasiado conmovedor y descorazonador, un pecho recitando “Y agregad que una vez en Alepo...”. Harás que el personal del turno de noche vuelva a casa lloroso.» Sí, amargura, querido lector, y de la clase más superficial, pero permite que mi pobre dignidad de profesor tenga un respiro, ¿quieres? Esto no tiene más de tragedia que de farsa. No es más que vida, y yo solo soy humano.

—¿Me ha causado esto la literatura?

—¿Cómo podría ocurrir tal cosa? —replica el doctor Klinger—. No, las

hormonas son hormonas y el arte es arte. No sufre usted una sobredosis de las grandes imaginaciones.

—¿De veras? Pues me extraña. Esta bien podría constituir mi manera de ser un Kafka, un Gogol, un Swift. Ellos podían imaginar lo increíble, dominaban el lenguaje y tenían aquel implacable talento creador. Pero yo no contaba con ninguna de esas cosas... añoranzas literarias, eso era todo. En literatura, me encantaba lo extremo, idolatraba a los autores que lo cultivaban, su imaginación y su poderío casi me hipnotizaban...

—¿Y qué?

—¿Cómo?

—El mundo está lleno de amantes del arte. ¿Qué tiene de especial...?

—Entonces di el salto. Convertí la carne en palabra. ¿No lo ve? He sido más kafkiano que Kafka. —Klinger se echó a reír, como si solo lo hubiera dicho en broma—. Al fin y al cabo, ¿quién es el artista más grande, el que imagina la maravillosa transformación o el que se transforma maravillosamente a sí mismo? ¿Por qué David Kepesh, entre todos los seres humanos, se ve dotado de tales poderes? Es sencillo. ¿Por qué Kafka? ¿Por qué Gogol? ¿Por qué Swift? ¿Por qué cualquiera? El gran arte, como todo lo demás, es algo que le sucede a la gente. ¡Y esta es mi gran obra de arte! —Pero me apresuré a añadir—: He de mantener mi perspectiva cuerda y razonable. No quiero volver a inquietarle. Nada de delirios, y sobre todo delirios de grandeza.

Pero si no grandeza, ¿qué te parece humillación? ¿Qué te parece depravación y vicio? Podría ser rico, ¿sabes?, podría ser rico, célebre y delirar de placer el día entero. Cada vez pienso más en ello. Podría pedirle a mi amigo que me visitara, el joven y audaz colega del que antes te he hablado. Si todavía no me he atrevido a invitarle, no es porque me asuste que se ría de mí y huya como lo hizo Arthur Schonbrunn, sino porque echará un vistazo a lo que soy (y lo que podría ser) y estará demasiado deseoso de ayudar; porque cuando le diga que me he hartado de afrontar esta situación como un individuo heroicamente civilizado, me he hartado de escuchar a Olivier, de hablar con mi analista y gozar a diario durante media hora con la idea del sexo ardiente que tiene un maestro de escuela virtuoso, él no discutirá como lo harían los otros.

—Quiero salir de aquí —le diré—, y necesito un cómplice. Podemos llevarnos todas las bombas y tubos que me mantienen vivo. Y para cuidar de mi salud, por así decirlo, podemos contratar a médicos y enfermeras. El dinero no será ningún problema. Pero estoy harto y cansado de preocuparme por la posibilidad de perder a Claire. Que se busque otro amante cuyo semen no engullirá y lleve con él una vida normal y productiva. Estoy cansado de protegerme contra la pérdida de la bondad angélica. Y, entre tú y yo, también estoy un tanto cansado de mi padre, que me aburre. Y en cuanto a Shakespeare, ¿cuánto más puedo seguir encajando? No sé si

eres consciente de la cantidad de grandes obras de la literatura occidental que ahora están disponibles en excelentes discos de larga duración. Cuando termine con Shakespeare, podré seguir con magníficas representaciones de Sófocles, Sheridan, Aristófanes, Shaw, Racine... pero ¿con qué finalidad? ¿Para qué? Eso sí que es matar el tiempo. Para un pecho eso es el puñetero asesino del tiempo. Voy a ganar un montón de dinero, amigo. Tampoco creo que sea difícil. Si los Beatles son capaces de llenar el estadio Shea, ¿por qué no puedo hacerlo yo? Tenemos que pensar en ello a fondo, tú y yo, claro que ¿para qué ha servido toda aquella educación si no fue para aprender a pensar las cosas a fondo? ¿Para escribir más libros? ¿Para escribir más ensayos críticos? ¿Para contemplar más las cosas superiores? ¿Y qué me dices de la contemplación de las inferiores? Ganaré cientos de miles de dólares, y entonces tendré chicas, de doce y trece años, tres, cuatro, cinco a la vez, desnudas y soltando risitas, y todas al mismo tiempo sobre mi pezón. Quiero que estén ahí días seguidos, codiciosas y traviesas chiquillas, lamiéndome y chupándome a discreción. Y podemos encontrarlas, ya lo sabes. Si los Rolling Stones pueden encontrarlas, si Charles Manson puede encontrarlas, también nosotros, con la educación que tenemos, probablemente podremos encontrar unas cuantas. Y mujeres. También habrá mujeres deseosas de abrirse de piernas sobre una polla tan nueva y emocionante como mi pezón. Creo que será una agradable sorpresa el número de respetables mujeres que llamarán a la puerta del camerino vestidas con sus respetables pieles de chinchilla solo para tener un atisbo del tono de mi suave piel hermafrodita. Bueno, tendremos que ser exigentes, ¿no crees?, tendremos que seleccionarlas de acuerdo con su belleza, buena crianza y deseo lascivo. Y mi felicidad será delirante. Repito: mi felicidad será delirante. ¿Recuerdas a Gulliver entre los brobdingnags? ¿Cómo las sirvientas le hacían pasear sobre sus pezones por pura diversión? Él no consideraba que aquello fuera divertido, pobre y perdido hombrecillo. Claro que era humano, un médico inglés, un hijo de la Era de la Razón, un fiel seguidor del Sentido de la Proporción atrapado en un continente de extravagantes gigantes; pero aquí, mi amigo y cómplice, estamos en la Tierra de la Oportunidad, esta es la Era de la Realización de Sí Mismo, y yo soy el Pecho, ¡y viviré mediante mis propias luces!

—¿Vivir o morir por medio de ellas?

—Eso está por ver, doctor Klinger.

Permítanme ahora que finalice mi conferencia citando al poeta Rilke. Cuando era un profesor de literatura apasionadamente bienintencionado, siempre me gustaba finalizar la clase con algo conmovedor para que los alumnos se lo llevaran del aula sin contaminar al mundo caído de la comida basura, las estrellas pop y la droga. Es cierto que la ocupación de Kepesh ha desaparecido (*Otelo*, acto III, escena 3), pero no he perdido del todo mis buenas intenciones de profesor. Tal vez ni siquiera he perdido a mis alumnos. Debido a mi fama, incluso es posible que haya adquirido nuevos y

grandes rebaños de ovejas estudiantiles, tan desconocedoras de la calamidad como de la poesía. Es posible que ahora incluso sea una estrella pop y tenga lo que hace falta para poner la gran poesía al alcance de la gente.

(—¿Su fama? —dice el doctor Klinger.

—Seguramente ahora el mundo entero está enterado —dijo—, excepto tal vez los chinos y los rusos.

—De acuerdo con sus propios deseos, el caso se ha llevado con la mayor discreción.

—Pero mis amigos lo saben. El personal sanitario lo sabe. Eso basta para empezar cuando se trata de semejante fenómeno.

—Es cierto, pero cuando la noticia se filtra desde quienes lo saben al hombre de la calle, este, en general, tiende a no creérselo.

—Piensa que es una broma.

—Si es que puede apartar la mente de sus propios problemas el tiempo suficiente para pensar en cualquier cosa.

—¿Y los medios de comunicación? ¿Me está diciendo que tampoco ellos se han ocupado de esto?

—No han dicho ni palabra.

—Eso no me lo creo, doctor Klinger.

—Mire, no voy a discutir. Se lo dije hace mucho tiempo. Por supuesto al principio hubo indagaciones. Pero no se prestó a nadie la menor ayuda, y como esa gente ha de ganarse la vida igual que todo el mundo, al cabo de un tiempo se marcharon hacia la siguiente desgracia prometedor.

—Entonces nadie sabe todo lo que ha ocurrido.

—¿Todo? Nadie más que usted lo sabe todo, señor Kepesh.

—Bien, tal vez debería ser yo quien se lo contara todo.

—Entonces será famoso, ¿no es cierto?

—Es mejor la verdad que la fantasía de los periódicos sensacionalistas. Es mejor que lo cuente yo que los locos charlatanes y los imbéciles.

—Naturalmente, ¿sabe?, los locos charlatanes y los imbéciles hablarán de todos modos. Debe comprender que nunca aceptarán su punto de vista, al margen de lo que les diga.

—Seguiré siendo una broma.

—Una broma. Un bicho raro. Y también, si insiste en ser usted quien se lo diga, un charlatán.

—Me aconseja que deje las cosas tal como están. Me aconseja que no le diga nada a nadie.

—No le aconsejo nada, solo le recuerdo a su amigo barbudo que se sienta en el trono.

—El señor Realidad.

—Y su principio —dice Klinger.)

Y ahora concluiré la clase con el poema de Rainer Maria Rilke titulado «Torso arcaico de Apolo», escrito en París en 1908. Tal vez mi relato, contado aquí en su totalidad por primera vez, y con toda la veracidad de que soy capaz, ilustrará como mínimo esos grandes versos para aquellos de ustedes que no conocían el poema, en particular la admonición final del poeta, que tal vez no sea un sentimiento tan elevado como parece a primera vista. Imbéciles y locos, tipos duros y escépticos, amigos, alumnos, parientes, colegas y todos ustedes desconocidos trastornados, con sus mil millones de huellas dactilares y caras distintas, mis congéneres mamíferos, sigamos todos y cada uno con nuestra educación.

*Su inaudita cabeza no hemos visto,
donde los ojos maduraban. Pero
su torso aún fulge como un candelabro,
con su mirar, tan solo atornillado*

*más atrás. Si no, no te cegaría
el álabe del pecho, y en el giro
silencioso del muslo, una sonrisa
no iría al centro donde estuvo el sexo;*

*la piedra fuera corta y deformada
bajo los hombros de caer translúcido;
no brillaría como piel de fiera,*

*ni irrumpiría por todo contorno
como una estrella; porque no hay un sitio
que no te mire: Has de cambiar tu vida^[2].*

PHILIP ROTH obtuvo el premio Pulitzer por *Pastoral americana* en 1997. En 1998 recibió la Medalla Nacional de las Artes y las Letras en la Casa Blanca y la Medalla de Oro de Narrativa, concedida anteriormente a John Dos Passos, William Faulkner y Saul Bellow, entre otros. Ha sido galardonado en dos ocasiones con el National Book Award, el PEN/Faulkner Award y el National Book Critics Circle Award. Ha ganado el PEN/Faulkner Award tres veces. En 2005 Philip Roth será el tercer escritor norteamericano vivo cuya obra la Library of America publicará en una edición completa y definitiva. Está previsto que el último de los ocho volúmenes se publique en 2013.

Notas

[1] «Klinger» contiene la palabra *cling*. *To cling to* significa «aferrarse a». (N. del T.)

<<

[2] Traducción del alemán de José M.^a Valverde, *Obras de Rainer Maria Rilke*, Plaza & Janés, Barcelona, 1967. <<